CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

El dolor 3

Xavier Tilliette 5 Sentido y falta de sentido del dolor

Gerardo Söding 13 Jesús y los enfermos

Mons. Juan C. Maccarone 29 Fin del milenio: el sufrimiento. Advertencia y reclamo en Juan Pablo II

Alberto Espezel 39 Filiación y expiación

Marie-France Begué 51 Dolor y perdón: aportes para una poética del perdón

Carlos Velasco Suárez 58 Vacío y drogadicción

Gustavo G. De Simone 69 Reflexiones a partir de un equipo de cuidados paliativos

Luis Baliña 75 Acompañando a nuestros padres que envejecen

Olegario González de Cardedal 79 Soledad, esperanza, oración

Filiación y Expiación

por Alberto Espezel*

En el presente pequeño trabajo pretendemos presentar las líneas fundamentales del pensamiento de Norbert Hoffmann en torno al tema de la filiación cristiana en relación con el dolor asumido como co—expiación vinculada a la expiación de Cristo en la Cruz. Somos conscientes de la complejidad del lenguaje del autor, de modo que hemos tratado de simplificarlo en lo posible, sin dañar la gran profundidad espiritual y teológica de su pensamiento. Al final de la exposición terminamos con algunas preguntas que nos suscitan las reflexiones del autor.

Hoffmann describe la representación inclusiva de Cristo (Stellvertretung), como una modalidad de su misión ad—extra de la Trinidad inmanente¹. Y por ello funda la representación inclusiva de Cristo en la economía o comunicación salvífica de Dios en la historia en la generación intratrinitaria del Hijo. La misión del Hijo hasta la Cruz expiatoria no es sino la prolongación de la procesión intratrinitaria del Hijo, de aquella generación originaria que establece al Hijo como Hijo frente al Padre, unidos por el Espíritu Santo expirado por ambos. El mismo gesto paterno que genera al Hijo lo establece ahora —en virtud de la misión— en un mundo marcado por el pecado que lo lleva a la Cruz donde Jesús nos representa inclusivamente a todos, y sufre "por nosotros = pro nobis" nuestra condición pecadora, siendo El totalmente inocente.

A su vez, Hoffmann considera la creación del mundo y del hombre (la creación a partir de la "buena nada") como realizada en el Hijo (Col.1,15;Ef.1,5;Heb.1,3 y ss.), lo cual lleva a conside-

^{*}Sacerdote, San Isidro, profesor de Teología Dogmática y Etica Social en la Fac. de Teología de San Miguel, Univ. de San Andrés, Sem. San Isidro, director de la edición argentina de la revista.

¹ Recordemos que la misión de una persona divina "evoca, por una parte, su procesión de origen en relación a la persona que la envía; y por otra parte un nuevo modo para ella de existir en alguna parte. Se dice así del Hijo que ha sido enviado en este mundo por su Padre, en tanto que ha comenzado a estar en este mundo por la carne que ha tomado..." Sto.Tomás,S.T. I,q.43,1C.

rar la creación, el acto creador en analogía con la generación intratrinitaria del Hijo². Somos creados a imagen y semejanza del Hijo, y además somos creados en el lugar intratrinitario del Hijo, y somos redimidos —ahora sí, a partir de la "mala nada" (Guardini)— en Cristo, quien nos representa a todos inclusivamente.

Hay entonces un doble camino en el pensamiento de Hoffmann: a) por un lado compara la generación en la Trinidad inmanente y la generación en la economía, la misión hasta la Cruz, donde Cristo nos representa a todos. b) Por otro lado, considera la creación – en particular, del hombre –, en analogía con la generación del Hijo, y por ello, fundado en la Escritura, concluye en la "ubicación" en el Hijo del hombre creado, por obra del Espíritu Santo.

El hombre es creado en el Hijo y es redimido en el Hijo. El Hijo es el "lugar trascendental" (p.64) del hombre, llamado a vivir su filiación adoptiva por obra del Espíritu en el lugar del Hijo, lugar donde ha sido creado y redimido.

Hoffmann ve en unidad la articulación del natural y el sobrenatural, la creación y la redención en Cristo, deteniéndose quizás demasiado poco en ella. Inspirado en el pensamiento trinitario de Hans Urs von Balthasar, la consideración espacial trinitaria de las personas trinitarias como distancias infinitas al interior de las cuales acontece la creación y la misión redentoras, lo lleva a acentuar la ubicación del hombre "en" el lugar del Hijo, inspirado por el Espíritu.

Este planteamiento trinitario espacial invita a repensar corrigiendo adecuadamente las expresiones de Trinidad "ad intra" y Trinidad "ad extra" en su sentido clásico. No obstante pertenecer a la Trinidad "ad extra", la misión en la economía, para Hoffmann y para Balthasar, acontece en el interior de la relación Padre–Hijo en el Espíritu.

a) La representación inclusiva de Cristo no reemplaza

Hoffmann muestra que la redención objetiva se orienta por medio de la gracia a la redención subjetiva. Nuestra pertenen-

² Cf. Sto. Tomás, Com. a las Sentencias, I, d26 q2 a2 ad 2: "De la procesión de las distintas personas divinas es causada la procesión y la multiplicación de todas las creaturas"." Ex processione personarum divinarum distinctarum causatur omnis creaturarum processio et multiplicatio".

cia a Cristo no diluye nuestra diferencia personal. La fuerza creadora de la expiación de Cristo subraya la irreemplazabilidad personal. No existe un automatismo del "pro nobis"³, que pasa por encima del yo personal. La representación inclusiva de Cristo en su sentido más íntimo no es reemplazo sino establecimiento de la posibilitación de la existencia personal propia. Hoffmann cita a Greshake⁴: Jesús es nuestro representante inclusivo, nos ha abierto el lugar y lo sostiene abierto, donde el mundo encuentra únicamente su identidad".

La expiación representativa de Cristo significa entonces que somos personalmente capacitados y establecidos por Dios Padre como co—expiadores en y por Cristo a través de la donación del Espíritu Santo.

b) El cristiano: expiador en Cristo por el Espíritu

Hoffmann explica que el Espiritu introduce la generación y la comunicación intradivinas, como superabundancia de amor entre el Padre y el Hijo, en lo creado, y muestra el amor del Padre en hijos que no son el Hijo, sino hijos por gracia. En el Espíritu, como momento extático que presiona dentro de la interioridad divina, Dios es poderoso para llamar al ser a lo que no es (Rom.4,17), y a quien es siervo a la dignidad de hijo. El Pneuma es el Espíritu de la filiación (Rom.8,15).

Por medio del Espíritu se confirma en Jesús el principio fundamental de la génesis paterna de la representación inclusiva: fuerza del Padre que establece el ser y el ser hijo en un mundo de pecado⁵.

c) El Espíritu y nuestra filiación

Hoffmann muestra que la relación entre Cristo y los cristianos es obra del Espíritu de Cristo: los cristianos llegan a ser hijos de Dios gracias a que el Espíritu de Cristo está en ellos. El Espíritu es "Espíritu de Filiación", y es Espíritu del Hijo que participa la filiación.

³ El "pro nobis" es una fórmula neotestamentaria, paulina (1 Co 15,3, 2 Co 5,21), también sinóptica (Mc.10,45, Lc.22,20), que desea indicar la obra salvífica de Cristo realizada en nuestro favor.

⁴ Gisbert Greshake, Erlosung und Freiheit, p. 345.

⁵ Norbert Hoffmann, "Suhne.Zur Theologie der Stellvertretung, Johannes, 1981, en adelante Ts, p. 79.

Es el sólo y mismo Espíritu que se halla tanto en nosotros como en Cristo. El Espíritu nos une a Cristo de tal modo que no somos hijos del Padre "junto" al Hijo sino "en" el Espíritu del Hijo (Muhlen). Esta in-existencia recíproca obrada por el Espíritu Santo ("Cristo en nosotros", "nosotros en Cristo" Rom.8,10;Col.1,27) recibe una fuerza de determinación ontológico-personal. Sella nuestro ser como "nueva creación" (Gal.6,15; 2 Co.5,17) En tanto estamos en Cristo por el Espíritu, participamos en su Filiación y somos y existimos con Cristo en su relación al Padre (2 Co.3,4; Gal.4,4 y ss.)⁶.

En la medida en que la palabra personal fundamental se llama "yo-tú" y ser persona significa estar en relación con tú, en una lejana analogía, habría que reconocer a la unión mística con Cristo obrada por el Espíritu una eficacia personalizante en los creyentes semejante a la obrada en la naturaleza humana de Cristo en la unión hipostática⁷.

Dicho en términos de la representación inclusiva: a partir del envío del Hijo (encarnación y Cruz) y del envío del Espíritu, el Padre nos establece en la identidad y en el carácter irreemplazable de nuestra propia condición filial: somos nosotros mismos, a partir del Padre creador y origen último de nuestra salvación, y no de nosotros mismos⁸.

d) Filiación y expiación

La expiación como gracia determina necesariamente la existencia cristiana. Ahora bien, si la expiación en el caso de Cristo consistió en "ser Hijo contra el pecado", y en llevar el pecado como sufrimiento de amor de hijo, y si somos hijos de Dios en el Espíritu; y si además estamos en el mundo y en un mundo marcado en forma concreta e histórica por el pecado, de esto se concluye, afirma Hoffmann, que como "hijos de Dios" somos expiadores. Esto se aclara eclesial y sacramentalmente en el mensaje redentor del Nuevo Testamento.

El misterio salvífico de Jesús no se encuentra acabado y cerrado en sí mismo, sino que se continúa más allá del cuerpo crucificado de Cristo en la forma y en la obra de su Cuerpo Místico, La Iglesia. La Iglesia no sólo se deriva de la obra expia-

6 TS 80.

7 TS 81.

8 TS 81.

toria de Cristo, sino que integra y forma su plena realidad. Con Cristo y dependiendo de El como su Cuerpo (Ef.1,23) y plenitud (Ef.1,23;4,13) ella ha de ser el mysterium único y total⁹.

Entre el Cristo expiador y la Iglesia expiadora se da una misteriosa unidad. Esta unidad se comunica por los sacramentos, en especial, el Bautismo y la Eucaristía. El autor muestra que el misterio salvífico obrado en la Muerte y Resurrección de Cristo y apropiado en el Bautismo ha ser vivido personalmente por el cristiano. En la existencia personal ha de actuar aquello que sucedió "por nosotros" en Cristo.

Hoffmann muestra que como el creyente no carece de pecado, se encuentra frente al pecado en la forma de la conversión, es decir, como alcanzado por el pecado, pero que se convierte de él, necesitado del médico que cura (Mc.2,17) y llevando entonces los pecados. Participar en la Cruz de Jesús significa participar en su expiación, llevar los pecados como dolor de "hijo", soportar la lejanía de Dios como falta de Dios y muerte de Dios tal como concretamente es experimentado en un mundo que es como es porque se cierra a Dios, a su cercanía y a su realidad decisiva, un mundo inhumano, desierto, aburrido, triste, cruel, duro, afectado por la desesperación y lo absurdo.

Ser hijo en este mundo (Fil.2,15), como ha llegado a ser por la culpa propia y ajena, sería la forma primaria de expiación, como participación en el destino expiatorio del Hijo. Y los sacramentos deberían ser comprendidos como posibilitación y capacitación para participación en la concreción de la Nueva Alianza¹⁰.

El autor muestra que la gracia sacramental modela al cristiano a imagen del Hijo (Rom.8,29) y lo incluye en el misterio de Jesucristo. Significa la consumación total de la misión del Hijo en la carne de pecado.

La acción representativa de Cristo redentor sella al cristiano y le abre al hombre el lugar de hijo en el lugar real de su realización existencial y bajo las condiciones concretas de su mundo real. Dios capacita al pecador, a partir de su propia humillación, para una activa superación de su pecado, para transformar su pecado en dolor de hijo, y llevándolo, aniquilarlo.

Sólo en la misión del Espíritu se muestra lo absolutamente último del poder representativo de Dios que obra en el mundo

⁹ TS 83.

¹⁰ TS 86.

en forma trinitaria. La reflexión sobre el Espíritu y la continuación pneumática de la expiación de Cristo en la realización concreta de los creyentes permite medir la fuerza de reconstitución del "pro nobis", y permite resguardarlo de todo automatismo que pase por encima de la libertad del hombre¹¹.

Consecuencias

Según Hoffmann, lo que Pablo expresa como "completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo en favor de su Cuerpo que es la Iglesia (Col.1,24)", tiene una función complementaria no como aditiva, sino en un sentido activo. No como algo distinto junto a la expiación de Cristo o por encima de ella, sino como actualización total y gratuita del "pro nobis" y de la dimensión representativo—inclusiva de la acción expiatoria del mismo Jesús. La expiación de los cristianos pertenece a la expiación de Cristo como algo interior a ella: en ella acontece la auto—constitución de Cristo como expiador en su propio "pleroma" o plenitud; en nosotros la expiación de Cristo llega a su propia floración. Nuestra expiación es su gloria la la completa de la contece la contece la constitución de Cristo como expiador en su propio "pleroma" o plenitud; en nosotros la expiación de Cristo llega a su propia floración. Nuestra expiación es su gloria la la completa de la completa de la contece la contec

Nuestra participación no nos es concedida por el Padre en forma marginal: Hoffmann muestra que se encuentra en el centro de su voluntad salvífica. Marca la culminación hacia la que se dirige la intención de representación inclusiva de Dios en la historia salvífica. Supuesta la filiación, Dios quiere de tal manera ser Padre, que a los mismos pecadores les concede ser hijos. La expiación es la forma cómo el Padre hace que los pecadores sean hijos: es la forma de filiación en un mundo de pecado.

Cristo es "la" expiación porque es el Hijo. Pero lo es en representación inclusiva (Stellvertretung): Cristo no debe reemplazar a los pecadores como hijos, sino establecerlos y mantenerlos, en y a través de Cristo, el gran expiador. En El, los pecadores han de ser ellos mismos hijos y de ese modo expiadores, porque los pecadores pueden ser hijos sólo en el modo de la expiación. En Cristo, el Padre da al pecador la posibilidad de ser hijo en la forma del dolor y del oscurecimiento de la cercanía de amor del Padre¹³.

¹¹ TS 90.

¹² TS 91.

¹³ TS 93.

Que Cristo sea expiador de un modo único e inimitable no significa que nosotros no lo seamos también de un modo verdadero y propio: la unicidad de la expiación de Cristo consiste en que por ella nos es posible ser expiadores de un modo verdadero y propio, del mismo modo en que somos verdadera y propiamente hijos. El cristiano es hijo y expiador, repetimos, de un modo análogo a como lo es Cristo.

Para el autor, la expiación pertenece al núcleo auténtico e irrenunciable del Nuevo Testamento. La expiación que es Cristo necesita —según su esencia de representante incluyente— la expiación de los cristianos, para completarse en el pleno sentido de sí misma y llegar a ser el misterio total de "Cristo en nosotros" (Col.1,27).

Se requeriría quizás, por parte de Hoffmann, un tratamiento más explícito de la analogía existente entre la expiación filial de Cristo y la co-expiación filial adoptiva del cristiano.

Expiación y corazón traspasado

Hoffmann describe la Cruz, donde Jesús no sólo expone ante el Padre los pecados de sus hermanos como dolor de Hijo, sino que soporta a Dios mismo, como quien quiere ser Padre incluso de los pecadores. Primero el pecado de los hijos ha de traspasar al Hijo, quien debe dejar que Dios se muestre como Padre frente a los pecados de los hermanos. Solamente en la transfixión (el lanceamiento de Jesús) alcanza su Filiación una plenitud tal y es tan Hijo que el "Espíritu de Filiación" que brota del corazón como superabundancia de la expiación, como ese Espíritu que toca en el corazón incluso a quienes antes eran enemigos (Rom.5,5 y ss.) y lo cambia de manera que ellos claman: "Abbá Padre" (Rom.8,14 y ss., Gal.4,6).

La esencia teológica de la expiación se crea, en su realización histórica, su forma de expresión, y se coloca como signo. En este signo o imagen, la obra salvífica se constituye como palabra. El dogma pasa a ser "kerygma: en la transfixión de Jesús, el Logos de Jn.1,1 y ss., que está en Dios como Hijo, es anunciado y prometido por Dios, como "Padre", hasta en el lugar en que se encuentran los pecadores.

a) Corazón de Jesús: la Palabra comprendida

Dios ha levantado al Crucificado como expiación, y lo ha puesto ante nuestros ojos ofrecido como expiación. Pero sólo la fe lo reconoce como tal. Hoffmann muestra que sólo el que contempla, en el Traspasado, el misterio de la expiación de nuestros pecados puede reconocerlo. En la meditación de la Iglesia, el signo del Traspasado se ha transformado en "corazón traspasado".

El autor muestra cómo el corazón es el centro de la Cruz. El corazón traspasado es el "alma", el centro neurálgico—sensitivo del Crucificado, el "lugar" donde se padece la Cruz en verdad, en su esencia teologal.

Cristo, como corazón traspasado, es el símbolo por excelencia: no sólo une algo dividido; supera el pecado, ese abismo de separación y soledad que se llama infierno...En la Cruz, el pecado es herido de muerte y los hijos son amados —contra su pecado— a una con el Padre. El precio de esto es el Hijo como expiación y esto se llama corazón traspasado¹⁴.

b) Expiación como respuesta vivida

El creyente reconoce el amor expresado en el Traspasado y se deja alcanzar por él y le corresponde con amor eficaz, operante en la vida. El Traspasado muestra el amor del Padre. La respuesta ha de ser la correspondencia a esta exigencia del Padre. La respuesta creyente consiste en su esfuerzo por ser hijo.

Para Hoffmann, el creyente ha de ser hijo contra el pecado y en su "llevar" el pecado. Esto significa ser un expiador. Sufrir las múltiples maneras de ausencia de Dios causadas por el pecado y la culpa en la propia vida y en el mundo sería la forma elemental de respuesta vivida al corazón traspasado del Hijo, palabra del Padre para nosotros. En su núcleo, no sería algo agregado a nuestro mirar al Traspasado, sino que sería un existencial inseparable de la vida misma, realizada en esa mirada¹⁵.

En este mundo marcado por el pecado, ser hijo para el Padre –por el Espíritu– en Cristo, el gran expiador traspasado por nuestros pecados, esa sería la forma fundamental de la expiación, de acuerdo al espíritu de la devoción al Sagrado Corazón¹⁶.

El creyente sólo puede ser hijo en el Hijo hacia el Padre, y no al lado de El y de su expiación. El deseo de Cristo es ser completamente hijo del Padre junto a los suyos. Y también el deseo

¹⁴ TS 111.

¹⁵ TS 114.

¹⁶ TS 114.

del Padre es que los hombres sean hijos en Cristo. Todo el misterio de Cristo significa que el Logos quiere —como Jesucristo ser Hijo para el Padre en todos los hombres. Dios quiere que su Hijo unigénito sea Hijo para El en sus hermanos, en mí. La Cruz significa la confirmación y consecución de esta intención. Cuán decididamente el Hijo quiere ser Hijo en mi lugar, en mí y a través mío se puede ver justo cuando se lo impido: cuando toma sobre sí su misión en la "carne de pecado" (Rom.8,3). Desde el Nuevo Testamento el pecado significa: no dejar que Cristo sea Hijo en mí. El Traspasado en la Cruz revela qué ocurre y qué deviene Cristo cuando aquél en el que El quiere ser Hijo es pecador: cuando el Hijo es Hijo en el lugar del pecador, se le desgarra el corazón, queda arrebatado el Hijo del Padre y entonces abandona el Padre al Hijo. El Padre quiere tan decididamente tener a su Hijo como Hijo en los hijos, que cuando éstos se niegan, el Hijo va -incluso en esta negación- hasta el extremo de su Filiación, hasta ser traspasado en su amor filial¹⁷.

El pecado significa la negación de la relación de Padre e Hijo, en tanto que Este quiere tener su lugar en el pecador; significa oposición del "para" relacional del Padre y el Hijo en la economía trinitaria (en cuanto relación subsistente de uno frente a otro). El pecado de los hijos no es más un asunto entre la creatura espiritual y Dios; alcanza a la relación entre Padre e Hijo en Dios. Alcanza a Dios como quien debe ser Padre de su Hijo Unigénito en mí, y alcanza al Logos como quien en mí debe ser Hijo del Padre y como quien en cumplimiento obediente y amante de la voluntad paterna ha vivido representativamente su filiación hasta la transfixión de su corazón. El pecado se dirige contra Dios quien en Cristo quiere ser Padre para mí, y se dirige contra Cristo que quiere ser Hijo de ese Padre en mí; se opone en Dios a la voluntad del Padre y del Hijo. Significa un desgarramiento del Padre y del Hijo en la consideración de la economía trinitaria, en tanto que el mundo debía ser un lugar de amor salvífico del Padre y del Hijo y allí tener su salvación. Como esto sólo puede ocurrir en el Espíritu, quien es lo más íntimo entre el Padre y el Hijo, donde culmina en forma personal su communio, y también incluye el mundo en esa communio: por el pecado el Espíritu es "entristecido" (Ef.4,30) y extinguido (1 Tes.5,19), y, en la medida en que esto es real y verdadero. traspasa el corazón de Dios.

La expiación es entonces la conformación de hijo en un mundo de pecado. Afecta a Dios, en tanto que le compete al creyente por medio de la voluntad filial de Cristo de ser Hijo para el Padre en él y por la voluntad del Padre, de ser Padre para Cristo en él (el creyente). La expiación del creyente tiene una significación interior para Dios mismo, en tanto que por medio de ella las Personas divinas, en la economía de la salvación (en su autodeterminación por el mundo en pecado) hacen valer lo que ellas son intratrinitariamente: totalmente "Padre"; totalmente "Hijo" (primogénito entre muchos hermanos), unidos en el amor del Espíritu Santo¹⁸.

El cristiano ha de ser en este mundo un expiador representativo. Bajo las condiciones del pecado el amor toma la forma de la expiación. Ella es la estructura del "para" o "pro" de la existencia en un mundo de pecado, el poder operante de la caritas en un mundo de pecado, el poder operante de la caritas frente a la necesidad más verdadera del prójimo, a la lejanía del Padre, y por ello la forma propiamente cristiana de la solidaridad. El creyente que se sabe él mismo redimido por el Hijo desde la mala nada del pecado (Guardini) a la cercanía del Hijo al Padre, viene a ser —en la visión del Corazón desgarrado de Jesús, el modo de ser "para el otro", cuyos propios pecados conlleva y soporta (Gal.6,2;Ef.5,1;Rom.15,1–3). El principio representativo del ser "para" rige a través de todo lo que existe: el ser es amor¹⁹.

¹⁸ TS 119.

¹⁹ Para no recargar el texto hemos omitido párrafos enteros, algunos de los cuales mostraban afirmaciones tendientes a subrayar, por ej. que "de algún modo la cruz completa la eterna filiación de Cristo, y también en cierto modo la filiación del Logos. Dicho esto sólo en relación con la Trinidad económica y no respecto a la Trinidad inmanente" (TS 77).

Esta afirmación no nos parece satisfactoria. La Cruz no perfecciona, ni completa, ni consuma la eterna filiación del Logos. Significa una experiencia nueva en Cristo, de una profundidad absolutamente incomparable y sin analogía alguna (Balthasar), y que afecta de algún modo su ser filial en su abajamiento libremente asumido. Pero no completa ni perfecciona su ser filial. Ni plenifica su ser filial, como afirma en un párrafo antes del citado: En la Cruz acontece la plena generación del Logos" (TS 78). Aún a riesgo de que la objeción parezca escolar, la distinción de Nicea entre Trinidad inmanente y económica es irreductible. Si la Cruz completa o perfecciona la eterna filiación del Logos en la economía, ello significa que no era completa en el interior de la Trinidad inmanente y que ésta necesita de la economía para consumarse como tal, de modo que la economía son libres y gratuitas: la Trinidad no se autoconstituye en ella, sino que se encuentra desde toda la eternidad autoconstituída en sí misma. Hablar de "perfeccionamiento" de la Trinidad económica en relación con la Trinidad inmanente es enredar hegelianamente la una en la otra.

El ensayo de Hoffmann ilustra admirablemente los temas de la expiación y la co-expiación en la vida cristiana. Y los centra cristológica y pneumatológicamente en forma muy convincente. Además replantea el tema de la representatividad inclusiva de Cristo en forma novedosa desde su fundamento trinitario, como lo hemos mostrado arriba. Por otra parte, sortea en forma interesante las objeciones (kantianas) a una representatividad que obstaría a la autonomía y la libertad de la persona humana.

Parecería quizás percibirse una cierta unilateralidad en su visión de la expiación como la única forma de la filiación en un mundo de pecado²⁰.

¿Por qué no sólo una y muy importante forma de filiación en un mundo de pecado? ¿No se agota toda la filialidad cristiana en lo expiatorio? ¿No faltaría aquí en alguna medida una teología de la Resurrección donde el Consolador derramado ayudara a iluminar con la luz de la Pascua el misterio de la expiación?

La imagen del Corazón de Jesús, ¿no es el Traspasado-Resucitado que nos muestra su corazón y su amor redentor? El hecho de que aparezca viviente,¿no alude a que se encuentra ya Resucitado y ha vencido la muerte y el pecado, abriéndonos a una esperanza escatológica nueva?

Un reciente viaje a Quito nos muestra en la admirable iglesia de San Francisco una imagen de Jesús llevando la Cruz bajo el sugestivo título de "Señor del gran poder". Como si en el camino del abajamiento más extremo ya brillara la luz del Resucitado constituído en Señor o Kyrios.

Hoffmann afirma acertadamente la forma en que el Espíritu y los sacramentos co—incluyen al cristiano en la expiación central de Cristo. Esta afirmación merecería quizás una traducción eucarística explícita. Dicho con otras palabras: si hay un momento en la vida eclesial donde podemos decir que se "cristaliza" la co—expiación, ese momento es la celebración eucarística. En efecto, la actualización sacramental del ofrecimiento sacrificial de Jesús, en su dimensión ascendente hacia el Padre, en el Espíritu (Heb.9,14), es un momento central de participación incluyente en la oblación única de Cristo. De este modo, la celebración eucarística, con su peso de realismo sacramental, es

un camino concreto de participación en la expiación central de Cristo.

Allí el cristiano —sacerdote en virtud de su bautismo (1 Pe. 2,4–10)— co-expía participativamente desde su lugar de hijo en el Hijo, poniendo su propia vida filial junto a la del hijo que se ofrece inclusivamente por todos.

Concluyamos admirando la síntesis de todos los tratados dogmáticos que supone este trabajo, junto a su extraordinaria profundidad "espiritual". Pocas veces como aquí la teología y la espiritualidad se encuentran articuladas en un esfuerzo especulativo de gran aliento.

1997

Communio

PRÓXIMOS TEMAS

JUNIO JESUCRISTO
SEPTIEMBRE LA CIUDAD
DICIEMBRE LA CARIDAD